

Keith Lee Morris

Llámallo como quieras

Traducción de
Julio Durán



PESOPLUMA

Lámalo como quieras

Título original: *Call It What You Want*

Este libro no podrá ser reproducido, total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito de la editorial. Reservados todos los derechos de esta edición para España y Perú.

© Keith Lee Morris, 2010

© Julio Durán, por la traducción, 2019

© Pesopluma, 2019

1ª edición: junio 2019

Serie LiteraRutas Contemporáneas / Cuento

Tiraje: 500 ejemplares

Arte de portada y diagramación de interiores: Jonathan Hart

Ilustración original de portada: Mel Dredd

ISBN: 978-612-4416-05-7

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2019-06359

Editado por PESOPLUMA S.A.C.

Parque Francisco Graña N° 168, Magdalena del Mar, Lima – Perú

www.pesopluma.net | contacto@pesopluma.net

PROYECTO GANADOR DE ESTÍMULOS
ECONÓMICOS PARA LA CULTURA 2018



PERÚ

Ministerio de Cultura

Impreso por Aleph Impresiones S.R.L.

Jr. Risso 580, Lince, Lima – Perú

Junio de 2019

ÍNDICE

Nota del traductor	9
Testimonio	15
Camel Light	55
Lo que quiero de ti	75
La huésped	89
Ayúdame	117
Armónica	139
La visita	153
Corazón cansado	171
Laguna mental	203
Romance en una isla desierta	215
Mi compañero Kevin es lo máximo	227
El ciclista	239
La alcantarilla	255
Agradecimientos	275

Camel Light

Como nunca, Rick Steuben se encontraba solo en casa. Maggie se había ido a su clase de artesanías indias con abalorios, y su hija de quince años, April, estaba en el centro de la ciudad con algunos amigos, y su hijo de once años, Austin, estaba en casa del vecino jugando videojuegos. Era sábado, era mayo, el sol brillaba y las lilas estaban en flor a lo largo de la cerca trasera; las hojas del arce iban brotando y el aire tras la mosquitera estaba inundado con los trinos de los gorriones. En otras palabras, era un día perfecto en el pequeño pueblo de Rick Steuben, en Idaho, y Rick estaba intentando pensar qué hacer con él, tomando el asunto a sus anchas. Una oportunidad así era rara, algo con lo que él comúnmente solo soñaba. Y cuando soñaba con una oportunidad como esa, una buena oportunidad así en un día tan bonito, un sueño que usualmente venía a él cuando estaba sentado en su escritorio en la oficina de seguros y revolvía distraídamente su pila de solicitudes y reclamos, se imaginaba leyendo un buen libro en la hamaca, o sacando su viejo tocadiscos y su colección de discos del ático, se imaginaba sacando su palo número nueve y lanzando algunas bolas por el patio, o bebiendo una cerveza en la terraza, o mirando un juego de béisbol en la televisión, u organizando todas sus viejas fotos de la universidad en el álbum que había comprado para eso, o en el peor de los casos tomando una reparadora siesta. Pero ahora no estaba haciendo ninguna de estas cosas, solo estaba sentado en la mesa de la cocina en un estado casi vegetativo, con la mirada fija y absorta en el diario. En ese momento no quería otra cosa más que el simple derecho que tenía Muffy, el gato de la casa, echado sobre el sofá: el derecho a holgazanear. Era rico holgazanear. Holgazanear, ahí

sentado con sus pantalones para correr. Podía no hacer nada más que sentarse ahí hasta que Maggie regresara.

O podía hacerse una segunda taza de café. Eso requeriría un esfuerzo. Lanzó una mirada a la cafetera, ahí sobre el mostrador. Vio algo en el suelo, en el pliegue que dejaba el azulejo al meterse bajo el lavavajillas. Parecía ser, podría ser... ¿un cigarrillo? Parecía ser un cigarrillo. ¿Pero cómo llegó un cigarrillo ahí bajo el lavavajillas? Él y Maggie habían dejado de fumar hacía dieciséis años, cuando recibieron la buena noticia de su embarazo. April había sido hasta hacía poco una adolescente sorprendentemente perfecta, no era buena candidata para una trasgresión de este tipo, y, sí, Austin era un niño difícil, pero, ¿fumar? ¿A los once años? Y ninguno de sus amigos fumaba, aparte de Valerie, la esposa de Martin, el mejor amigo de Rick, y Valerie y Martin no habían estado en la casa en por lo menos una semana; de hecho, estaban de vacaciones en las Islas San Juan. Los beneficios de no tener hijos.

56

Pero la cosa se veía como un cigarrillo. *Era* un cigarrillo, tenía que serlo. Rick refunfuñó y se levanto de la silla, le dolían las rodillas por haber salido a correr ayer, y se acercó a investigar... la cosa esa era un cigarrillo, ahí bajo su lavavajillas. Lo recogió y le dio vueltas con sus dedos. Camel Light.

Llevó el cigarrillo a la mesa de la cocina y se volvió a sentar. Dobló el diario y colocó el cigarrillo frente a él y casi inmediatamente se preguntó dónde había fósforos (eso era una bandera de alerta enorme, inmensa, ondeando). Increíble. No había tenido entre sus dedos una de estas cosas hacía dieciséis años, pero su poder psicológico era obviamente inmenso: sentía que había fumado su último cigarrillo ayer, la memoria física era demasiado clara. Pero no se lo fumaría, claro que no.

La pregunta era, ¿de quién era este cigarrillo? El culpable más probable, si lo veías lógicamente, era April. Estaba en la

edad. Pero April era la inteligente, April era la exitosa, April tenía una personalidad tipo A, la genio matemático, la presidente del aula, de todo. Fumar no estaba en su perfil. Aunque últimamente habían empezado a surgir problemas, ¿no? April había tenido una ligera pérdida de entusiasmo por las tareas del colegio: una seguidilla de Bs en su libreta de calificaciones. Su respuesta desganada ante sugerencias de lecturas extraescolares: una repentina indiferencia por *Orgullo y prejuicio* y *De ratones y hombres*, que Rick había intentado endilgarle últimamente. El mismo Rick había sido un gran lector de pequeño, y de hecho había querido especializarse en Lengua y ser profesor, pero su padre se había negado a pagar una carrera poco práctica, etcétera, etcétera, no tenía sentido escarbar en eso otra vez. Por supuesto, el hecho de que a él siempre le hubiera gustado leer no explicaba por qué ahora no estaba leyendo, afuera en la hamaca en un día tan bonito, comenzando con *Guerra y paz*, que había estado intentando leer durante los últimos diez años. De sus muchos proyectos de autosuperación, ese era el que ya tenía más tiempo: ¿por qué no empezar? Por el cigarrillo, que había arruinado su estado de ánimo en este bonito día de primavera. Por culpa de April, que ahora estaba fumando, aparentemente. Pero no, eso no encajaba. ¿Era posible, realmente era *posible*, que *Austin* pudiera haber empezado a fumar? Los muchachos que frecuentaba parecían ser buenos chicos, un poco inquietos y apáticos, adictos al horrible Xbox, al que Rick se había opuesto durante mucho tiempo, pero básicamente chicos de buenas familias. Simplemente, igual que Austin, no tenían motivación para hacer nada. ¿De verdad podía imaginarlos apretujados unos contra otros entre los árboles fuera de la escuela, durante la hora del almuerzo, fumando Camels como locos? Y claro, también hubo todas esas discusiones (Rick pensaba que en realidad había que

llamarlas *peleas*) en las últimas semanas. Peleas por las tareas, peleas por las malas calificaciones de Austin, peleas por la falta de interés de Austin en prácticamente todo en el universo que no tuviera que ver con lo electrónico. Austin había llegado a gritar, a llorar, a insultar a Rick y a Maggie. Austin se estaba volviendo, en una palabra, incontrolable, y fue apenas anoche que él y Maggie habían incumplido y levantado las prohibiciones a Austin por sus malas calificaciones y su mal comportamiento, porque, honestamente, no podían soportar la idea de tener a su hijo más pequeño, a quien ambos adoraban, en la casa con ellos durante todo el fin de semana. Austin había ganado. Pero ahora estaba esta otra posibilidad, *fumar*, y Dios mío si era así solo *imagínate* la histeria y las peleas que eso traería, y toda la nueva ronda de restricciones y rebelión y desgracia. ¿Por qué, por qué, *por qué* un niño de esa edad tenía que echarse a perder y hacer algo tan estúpido?

Y aun así, Rick se recordaba a sí mismo, eso no significaba que Austin fuera un chico horrible, que con él solo hubiera problemas en adelante. Podía a veces, sin embargo, ser amable con sus padres, amable con su hermana mayor. A veces podía disfrutar de las vacaciones familiares y las salidas y las comidas. Había épocas en las que parecía el niño feliz que Rick y Maggie habían imaginado tener cuando recibieron la noticia del segundo embarazo. La verdad era que Austin había sido un accidente. La intención era tener solo un hijo, y que Maggie volviera a trabajar después de que April alcanzara la edad escolar. Después de todo, Maggie tenía un doctorado en psicología, y quería usarlo, lo cual Rick podía entender, pero entonces surgió este nuevo embarazo, y este nuevo hijo, y quizás un poco de ese estrés y frustración se habían revelado en Austin de alguna manera, a pesar de las mejores intenciones de todos, y lo habían convertido en un niño resentido y

furioso, con cierta tristeza secreta agazapada dentro de él, y eso había llevado finalmente a este nuevo asunto, fumar. Rick hizo girar el cigarrillo con sus dedos y sacudió la cabeza. No. Austin no era el niño más brillante, pero tampoco era el más tonto. No había ninguna forma de que fuera tan tonto como para traer un cigarrillo a la casa.

Entonces, ¿cómo había llegado aquí? La casa estaba vacía ahora durante los días, April y Austin estaban en la escuela y Maggie de hecho había empezado a ejercer, alquilando un espacio para su oficina en un edificio cerca del hospital, donde pasaba unas cuantas horas al día, aunque prácticamente todos los días, según le parecía a Rick, incluso aunque tuviera, hasta la fecha, solo unos pocos clientes. ¿Y si era un cigarrillo de Maggie? ¿Y si había vuelto a fumar otra vez después de dieciséis años? ¿Y por qué? ¿Por aburrimiento, ansiedad? Su despacho no estaba haciendo suficiente dinero todavía para pagar por la oficina, pero Rick hacía un montón de plata. *Más le valía* hacer un montón de plata por la mierda que tenía que soportar, la indignación de ser un vendedor de seguros cuando lo que realmente habría querido ser era artista o algo, no sabía, un *pensador*, un *aprendiz*, alguien que buscara el conocimiento, alguien que pasara su tiempo libre leyendo *Guerra y paz*, aunque no estuviera haciéndolo ahora que tenía la oportunidad, pero aun así, se pondría de pie y lo haría en un minuto, apenas terminara de resolver el origen del cigarrillo. No pensaba que Maggie podría comenzar a fumar otra vez simplemente porque el consultorio había sido un poco una decepción hasta el momento. De hecho, no había sido una decepción para nada, en verdad, ¿no? Maggie estaba más feliz en estos días de lo que la había visto en mucho tiempo.

En realidad, no parecía importar demasiado que no hubiera pacientes, que la gente del pueblo no hubiera llegado

corriendo cuando Maggie colgó su anuncio junto a la carretera, pidiendo por consejos respecto a sus diversos hábitos problemáticos y sus adicciones, buscando explicaciones para sus miedos profundamente enraizados y sus deseos desesperados, etcétera. No, para Maggie parecía más que suficiente simplemente *tener* un anuncio que colgar, tarjetas de presentación que mandar a hacer, material de oficina que imprimir, un fax, una caja postal, un intercomunicador que hiciera sonar música preprogramada.

60 Era verdad, había sido una lucha para Maggie: el enredo de papeleo para el proceso de solicitud, la dificultad de aprobar los exámenes tras tantos años lejos de la universidad. De alguna manera, ella tenía que demostrar a la junta estatal «un carácter moral honorable». Pero nada de eso explicaba por qué podría haber vuelto a fumar, si en verdad había vuelto, si, hipotéticamente, era su cigarrillo y no el de otra persona, lo cual Rick dudaba, pero nunca se sabe. ¿Qué cosa en las circunstancias actuales la empujarían a retomar un hábito tan feo, olvidado hace tanto tiempo, escondido tan a fondo en el recuerdo compartido de las personas que habían sido, tanto que ni siquiera habían mencionado *querer* un cigarrillo durante años?

Quizás él había sobreestimado la fuerza de voluntad de Maggie. Quizás él era el fuerte y no al revés. Después de todo, él estaba ahí metido en la oficina de seguros todo el día, trabajando de ocho a cinco, ¿y qué le impedía, a cualquier hora del día, salir al callejón de atrás, que no se veía desde la calle, y fumarse un cigarrillo con Sarah Amandine, que fumaba ahí atrás todo el tiempo? ¿O con J. J. Wheeler? Aunque habría preferido fumarse uno con Sarah Amandine, que tenía una cara regular y tetas no tan grandes pero un buen culo y unas piernas bien formadas para una mujer de treinta y cinco. ¿Y si

él empezaba a fumar y a hablar con Sarah Amandine? ¿Cuáles eran las posibilidades de que algo pasara entre ellos? Mejor no dejar que sus pensamientos fueran por ese camino.

Lo que había que hacer era botar el cigarrillo en algún lugar y salir a la hamaca y empezar a leer a Tolstoi. O, bueno, pensándolo bien, si iba a estar fuera, podía buscar una caja de fósforos y fumarse este cigarrillo él mismo. Hey, veamos, *alguien* había roto las reglas aquí, así que ¿por qué no hacerlo? Su corazón empezó a latir fuerte cuando comenzó a darle vueltas al ligero filtro de acá para allá con los dedos y se imaginó el sabor de un cigarrillo después de tantos años. No importaba si había sido April o Austin o Maggie quien rompió las reglas; si fueron April o Austin, entonces obviamente todos estos años de no fumar no habían tenido su efecto esperado, así que ¿cuál era la diferencia? Él también podría. Y si Maggie estaba fumando, entonces había cometido una grave infracción en cuanto a confianza se refiere, una grave falta de respeto a los derechos y privilegios y libertades y expectativas y lo que sea del *otro* en esta relación, así que en este caso él estaba en todo su derecho de salir a la terraza y encenderlo.

A menos que el cigarrillo de alguna manera hubiera llegado ahí por accidente. Entonces salir a la terraza a fumar se vería mal de verdad. Jajaja, un pequeño malentendido, una extraña secuencia de eventos, un cigarrillo que acabó cayéndose en su cocina, el lavavajillas necesitaba que lo repararan, digamos, Maggie había olvidado decírselo, y el técnico de reparación, apoyado sobre sus manos y rodillas, mostrando la raja del culo por encima de sus pantalones, había perdido un cigarrillo del paquete que colgaba de su bolsillo. Jaja, qué chistoso, pero... y entonces sería culpa de Rick haberse fumado el cigarrillo. No, no, no... no había que caer en esa trampa. Esto había que considerarlo cuidadosamente, desde todos los

ángulos. Revisó el reloj. Le quedaba media hora todavía, se podía permitir otros quince minutos o más de un exhaustivo y buen trabajo de investigación, un poco de pensamiento claro y lógico acerca del tema, antes de decidir si de verdad se fumaría o no el cigarrillo.

Fue al baño y echó una meada y se lavó las manos y regresó y se volvió a sentar en la mesa de la cocina y se quedó mirando fijamente el cigarrillo otra vez. Lo hizo rodar una o dos veces a lo largo de la mesa con su dedo índice, admirando su forma perfectamente cilíndrica.

El mundo seguía girando tras la ventana. Al otro lado de la calle, los trabajadores le estaban sacando la mierda a la casa de los McGovern, haciendo mucho ruido. Durante cinco años habían estado «mejorando» la casa con la esperanza de que se convirtiera en un lugar en el que realmente quisieran vivir. Frente a la casa de los McGovern iba caminando la señora Snell con uno de sus perros, esta vez el basset hound. Tenía cuatro perros y los sacaba a pasear uno a la vez, todo el día, dando vueltas en el vecindario. Llevaba un pequeño sombrero floreado, y cuando paseara al siguiente perro habría algo diferente en ella: se cambiaría el sombrero, la blusa o los zapatos. Era una mujer bajita que se recogía el cabello en un moño ajustado. Sus piernas eran duras y gruesas como tubos de drenaje.

Cuando más pensaba en el asunto, menos le parecía que el cigarrillo fuera de April. Simplemente no era ese tipo de chica. Ni de Austin. Él no era... bueno, solo tenía *once años*, por el amor de Dios.

Entonces, era Maggie.

Volvió a ver el reloj. Maggie volvería en quince o veinte minutos. Para ahorrar tiempo, solo por si acaso, rebuscaría en el cajón de cachivaches hasta encontrar una caja de fósforos.

Entonces se sentaría en la mesa con los fósforos y el cigarrillo en la mano. Ahora estaba listo para fumarlo si decidía hacerlo.

Sonó el teléfono. Dejó que respondiera el contestador automático. La mamá de Paul, el amigo de Austin, la señora Como-Se-Llame (se identificó en el contestador solo como «la mamá de Paul») decía que Austin y Paul y Grayson y Hunter habían terminado de jugar *Call of Duty* y que ahora estaban afuera disparándose con rifles de aire comprimido y que no se preocupe porque todos tienen lentes protectores y, bueno, si se podía quedar Austin por favor una hora más. Que le devuelva la llamada. Rick dejaría eso para Maggie.

Maggie y un cigarrillo: ¿cuál era el escenario probable? Habían estado casados durante dieciocho años. Para entonces, Rick debería poder leerla como un libro. Pero ni siquiera podía recordar cómo se veía cuando salió a su clase de artesanías. ¿Se había puesto sus lentes de contacto esta mañana, o estaba usando sus gafas? Se había cortado el cabello y se había hecho un peinado justo la semana pasada, ¿en qué se diferenciaba del anterior? Pero de verdad, él conocía lo que le gustaba y lo que no, sus pasiones e inclinaciones. Pensándolo bien, sin embargo, no habían hablado acerca de esas cosas últimamente, no desde esa conversación que resultó en que Maggie comenzara a estudiar para sus exámenes de la licencia, que habría sido... Dios, ¿hace más de dos años? ¿Quién sabe, entonces? En verdad, no tenía idea de cómo se sentía ella estos días. Veamos: estaba emocionada por su consultorio, y parecía menos preocupada por Austin, y se había perdido la presentación de April en la feria de ciencias... eso era todo lo que él sabía. Por otra parte, últimamente se le veía *feliz*.

Un par de semanas atrás, él había pasado conduciendo después del trabajo frente al hospital y había visto el auto de Maggie en el estacionamiento, y de repente tuvo ganas de dar

una vuelta y visitarla. La encontró de pie en la acera con uno de sus pocos pacientes, un tipo llamado Clifton Moody, según supo después. Clifton Moody recién había terminado su cita programada, y ahora él y Maggie estaban dando por terminado el día, charlando despreocupadamente. Clifton Moody acababa de decir algo que hizo reír a Maggie, y cuando ella vio a Rick su risa disminuyó hasta volverse una pequeña risita entre dientes y después en un suspiro suave. Después vino la presentación, el apretón de manos.

Esa noche, Maggie le contó a Rick todo acerca de Clifton Moody. Clifton Moody era un caso interesante, el más interesante con el que se había topado hasta el momento. Clifton Moody estaba clínicamente deprimido, no porque, como podría haber sido el caso de Rick, su familia fuera una ruina, o porque odiara su empleo, o porque sintiera que nunca había obtenido todo lo que se merecía de la vida, sino por el estado del mundo en general. Estaba deprimido especialmente porque sentía que la raza humana había desperdiciado su vasto potencial. Se había cruzado un límite, era demasiado tarde para volver atrás ahora, estábamos siendo testigos (esta era la metáfora que usaba Clifton Moody) del paso de los últimos segundos de la historia humana. Clifton Moody estaba profundamente avergonzado, dadas las circunstancias apocalípticas, de su comodidad y bienestar material (lo cual era una broma, porque resultó que vivía en una cabaña en el bosque sin electricidad y solo una bomba de agua a mano). Estaba gravemente perturbado, quizás consternado, porque era consciente de no haber podido provocar ningún cambio positivo a través de su —agárrate— arte con motosierras, sino que en vez de eso pasaba la mayor parte de su tiempo tallando osos y gansos y truchas de madera para venderlos a personas adineradas que se habían mudado desde California o Nueva Jersey.

La única cosa que lo mantenía vivo era su gran proyecto; estaba tallando, a partir de un inmenso tronco de un antiguo abeto Douglas que había «rescatado» por un costo considerable de una operación de explotación forestal —agárrate—, un *abeto Douglas*, con todos sus gloriosos detalles en miniatura, que se suponía iba a ser una especie de representación irónica de los presuntos poderes regenerativos de la naturaleza: la cosa se *vería* como un árbol vivo, pero estaría muerto, o algo así. En otras palabras, con razón el tipo loco estaba deprimido. Pero el asunto era este: al pensar en lo feliz que se veía Maggie cuando la vio en la vereda con Clifton Moody, quien aparentemente podía soltar un chiste e impresionar a su terapeuta cuando la situación lo demandaba a pesar de su terrible depresión, Rick se dio cuenta de que Clifton Moody había estado *fumando un cigarrillo*. Rick podía ver —ahora mismo, vívidamente— a Clifton Moody apagándolo con su zapato.

65

Se quedó estupefacto por un momento. No había pensado que Maggie fuera capaz de algo así: una aventura. Entendía que en cierto nivel básico su matrimonio ya no era *excitante*, que no había nada nuevo ni sorprendente en él, pero la idea de uno o el otro creando una posible ruptura, una ruptura real del tejido en una forma potencialmente desastrosa, era algo que él casi nunca consideró y siempre descartó rápidamente. Y ni siquiera estaba totalmente listo para considerarlo en serio ahora, solo que había un cigarrillo, ¿y cómo había llegado ahí, apretujado en el pliegue bajo el lavaplatos?

Comenzó a repasar el escenario, todavía un poco distraídamente, todavía en cierta medida con el objetivo de resolver lo del cigarrillo. Un día de la semana pasada (digamos justo ayer, *viernes*, apenas *horas* antes de hoy) los chicos están en la escuela, él está en la oficina, y quizás Clifton Moody tenía una cita programada. Quizás las cosas se ponen interesantes,

la conversación. Quizás ya Maggie había terminado su día y le dice a Clifton Moody algo como, ¿por qué no continuamos esta conversación en algún otro lugar, un lugar más cómodo? Quizás fueron a cenar, quizás tomaron una copa o dos. Todavía falta un par de horas para que el bus lleve a los chicos a casa desde la escuela. Quizás aún no habían terminado de hablar. Quizás Clifton Moody pregunta, *¿Dónde vives, por cierto?* Maggie responde, *¿conoces el vecindario detrás del parque de la ciudad, donde hay campos de tenis?* No, Clifton Moody no lo conoce, o no le resulta muy conocido. Después de todo, Clifton Moody vive en el puto quinto infierno. *Vamos a dar una vuelta*, dice Maggie. Quizás ella dice algo como, *¿por qué detenerme ahora? Me estoy divirtiendo. Es interesante hablar contigo.* Quizás ella incluso agrega algo de humor: *digo, a título no profesional.* A último minuto, ella piensa en cómo se verá ante los vecinos. *Conduciré mi auto y tú me sigues en tu camioneta.* Clifton Moody probablemente conduce una camioneta, una vieja furgoneta en la que puede transportar su arte de sierras eléctricas. Así parecería que llegaba a casa para hacer un trabajo.

Ahora están dentro. La idea es que Clifton Moody se quede solo un minuto, así que se quedan de pie en la cocina. Maggie le ofrece una cerveza. (¿Le faltaba alguna de sus cervezas? Había comprado un paquete de doce latas el... ¿martes? Quedaban tres para esta noche: lo primero que revisó esta mañana. ¿Se había tomado nueve cervezas durante la semana? No lo recordaba). Quizás Maggie también se tomó una, pensando si él se daría cuenta de que faltaban dos cervezas. Clifton Moody se queda más tiempo. Ya no habla sobre su depresión ahora, habla sobre su arte con motosierras, o sobre vivir en el bosque, de cómo se siente *cerca de la naturaleza*. Le describe una pequeña cascada que queda a solo una corta caminata desde su puerta trasera. Lo apacible que es todo. Cómo llegan

los venados en la mañana a su porche, donde ha puesto un lamedero. *Maravilloso*, dice Maggie. *Fascinante*. Clifton Moody ya no es el tipo loco jodido sino un individualista corpulento con barba, seguro de sí pero profundamente triste de que el resto del mundo no pueda ver lo que él ve, saber lo que él sabe, entender lo que él entiende. Sufre no por sí mismo sino en nombre de todos los demás. Principios y ética y ese tipo de cosas, cosas por las que realmente *vive*. Clifton Moody hace lo que predica.

Ahora a Clifton Moody le gustaría fumarse un cigarrillo. Maggie le dice que puede salir a la terraza. Los vecinos no lo verán ahí, lo más probable. Ella estudia las rugosas manos de Clifton mientras él saca el cigarrillo del paquete que guarda en el bolsillo de su camisa de franela. Quizás son las manos las que la atraen a él, un paso, dos. Ella toma su mano y la examina y dice algo acerca de cómo ha admirado siempre el trabajo duro, a los hombres que trabajan duro. Entonces él pone la mano sobre el brazo de ella y se acerca a ella y se besan.

Y el cigarrillo cae al piso, el zapato de uno de ellos lo termina empujando bajo el lavavajillas.

Intenta no imaginarse lo demás, o no mucho más, aunque no puede evitar la imagen de Maggie desnuda, su rostro y cuello sonrojados, la humedad entre sus piernas, llegando rápidamente al orgasmo apenas Clifton Moody la penetra. Justo ahí en la maldita cama donde Rick dormía todas las noches. Y esto podría haber sucedido apenas *ayer*. Horrible, horrible, horrible pensamiento, así que lo apartó de su mente como si le hubiera mordido.

Ahora él *necesitaba* un cigarrillo. Pero estaba demasiado molesto con la idea de Maggie y Clifton Moody para levantarse de la silla. Si era verdad, su matrimonio era una farsa, su vida un desastre. ¿Y cómo lo sabría él con certeza? ¿Cómo

traería el tema a colación? ¿Qué evidencia tenía para confrontar a Maggie cuando ella volviera del gimnasio? El cigarrillo. Lo miró sobre la mesa. Intentó recordar si el cigarrillo que Clifton Moody apagó con su zapato tenía un filtro café. ¿Clifton Moody fumaría un cigarrillo light? ¿No debería fumar un Marlboro o un Lucky Strike? Quizás estaba intentando dejar el hábito gradualmente reduciendo la cantidad de nicotina.

Lo que había que hacer era asumir que él tenía la evidencia, negociar con Maggie una confesión fingiendo que lo sabía todo. *Yo sé que algo está pasando. Tengo evidencia. Por eso mejor confiesa y cuéntamelo.* ¿Qué más tenía él para confirmar sus sospechas? La expresión en la cara de Maggie cuando la vio hablando con Clifton Moody. Ese fue el verdadero giro inesperado. Una expresión. Una mirada. Él la había acusado de infidelidad solo una vez antes, hacía muchos años, y la cosa no había ido muy bien. Aquella vez había sido con su mejor amigo, Martín, y había sido por lo mismo: una mirada que vio entre ellos una noche, una sensación de secretos compartidos. Pero Maggie se había reído de él. Ella le dijo que sus sospechas se basaban en el hecho de que *él* fantaseaba con acostarse con *Valerie* y por tanto asumía que ella debía estar acostándose con Martín. Un típico caso de proyección. Y en verdad, tenía razón. Por algo Maggie tenía un doctorado en psicología.

Pero las cosas eran diferentes esta vez. Esta vez él intentaba llegar al fondo de las cosas. Él tenía el cigarrillo, después de todo, ¿y cómo ella explicaría eso? Ella no podía negar que sabía del cigarrillo: eso habría sido arrojar sospechas contra April, y si Rick sabía algo acerca de su mujer era que no era injusta ni cruel. No, tendría que cantar, él se lo iba a arrancar a punta de persistencia: ¿y luego qué? Si tenía una aventura con Clifton Moody, la vida de Rick se alteraría completamente.

Habría un divorcio, para comenzar; Rick no era del tipo al que le iban los amoríos, especialmente después de haberse portado bien durante tantos años. Habría un alboroto con los niños, y le dolía pensar que él ya no viviría bajo el mismo techo con ellos. Austin, especialmente, lo necesitaba, aunque fingiera que no. Y ahora él estaría... qué... viviendo en un apartamento en algún lugar del pueblo, o a lo mejor una casita, quizás una de dos habitaciones con un pequeño patio, tenía que haber un lugar para que los niños se quedaran cuando lo visitasen. Quizás a la larga, cuando los hechos salieran a la luz y los procedimientos judiciales terminaran, él terminaría con los chicos y la casa y Maggie tendría que irse a vivir en otro lugar, pero él sería el primero en mudarse al comienzo. Pagar renta además de la hipoteca. ¿Y qué pasaría con Clifton Moody? ¿Maggie viviría con él en el quinto infierno? Rick no se lo podía imaginar. De hecho, solo podía imaginarse lo contrario: Clifton Moody, el bastardo hipócrita, decidiría que le gustaba la idea de una ducha caliente y un baño dentro de casa. Dentro de seis meses, o un año, el pendejo de Clifton Moody podría estar sentado en esta misma silla, liando un cigarrillo como este que tenía entre los dedos antes de salir a fumar en la terraza.

Lo que Rick estaba ahora a punto de hacer, maldita sea. ¿Por qué no? ¿Qué lo detenía? Igual podía empezar a fumar todo el tiempo otra vez. No fumaría dentro del nuevo departamento/casita, pero podría fumar fuera en el porche todo lo que quisiera. Y comenzaría a fumar con Sarah Amandine en el trabajo. Empezaría el lunes. *¿Te molesta si me fumo uno contigo?* Muy tranquilo y despreocupado. Él solo observaría la expresión en su rostro. Ella siempre había sentido algo por él, lo sabía. Siempre un indicio de coqueteo. *Se acostaría con Sarah Amandine: eso le daría a Maggie algo en qué pensar.*

Le estaba empezando a gustar la idea, esto de una nueva vida. Pensar en todo el tiempo libre que tendría ahora para dedicar a sus intereses. Se compraría un bote o una motocicleta. Leería a Tolstoi. Se dejaría crecer el cabello y empezaría a ir al trabajo en sandalias. Por la puta madre, podría *escribir su novela*. Siempre había querido escribir una novela, *sabía* que la tenía en él. Su vida había sido de puta madre antes de cruzarse con Maggie. Toda la locura de sus días de la universidad. Qué bacán era el grupo de chicos con los que andaba. ¡Y qué *mujeres!* En esos tiempos tenía que mantenerlas alejadas con un palo. Levantaba una piedra y se encontraba una mujer que quería acostarse con él. ¡Y el viaje a Canadá con la pandilla! Carajo, Martin y él habían contado esa vieja historia en una reunión y todos se habían cagado de risa. A la gente le encantaría leerla: un viaje loco con una trama salvaje y personajes fascinantes, una historia de iniciación escrita con una vena de nostalgia y reminiscencia, estilo *El guardián en el centeno* ambientado en la naturaleza canadiense. Estamos hablando de un *best seller*. Tendría que buscar un agente. Mañanas sentado frente al teclado con una taza de café, pasando a máquina los capítulos, saliendo a dar una calada mientras pensaba en qué pasaría después, y luego, cuando agotara sus reservas de inspiración por ese día, volvería a la habitación donde lo estaba esperando Sarah Amandine, desnuda bajo las mantas, invitándolo a meterse a la cama.

El solo pensamiento bastó para hacer que Rick se levantara de la silla, con el cigarrillo en la mano, y saliera a la terraza, a donde se acercó abruptamente al ver a Lee Fink que encendía su carrito cortacésped en la casa de al lado. Ahora, si Rick quería fumar, tendría que salir al garaje. Y estaba listo para hacerlo, pero entonces no estaba seguro de la hora, así que

terminó volviendo a la cocina y mirando el reloj del microondas, sentado otra vez en su silla.

¿Por qué tenía que preocuparse por la hora? ¿Qué diferencia había si Maggie lo encontraba fumando? La iba a encarar de todas maneras, y si sus sospechas resultaban ser ciertas, fumarse un cigarrillo sería la menor de las molestias. ¿Y por qué le preocupaba tanto fumar frente a Lee Fink, que solo era un huevón del concejo municipal? No tenía las agallas o la persistencia para hacer nada de lo que pensaba, ¿no? ¿Esa nueva vida en el departamento/casita escribiendo la novela, la aventura con Sarah Amandine? Comenzaría a fumar otra vez de verdad y dejaría de hacer ejercicio y se pondría gordo y moriría de diabetes o enfisema. Perdería el tiempo todo el día sin hacer nada. Probablemente perdería su trabajo. No habría novela. Ni siquiera un párrafo decente, solo una resma de papel en blanco y algunos libros estúpidos sobre cómo publicar un libro y conseguir agente. No habría Sarah Amandine. Lo único que sabía de seguro en ese momento era que habría un divorcio, que se quedaría sin Maggie, sin sus niños, sin su casa, sin respeto por sí mismo. Ya se sentía inferior a un hombre como Clifton Moody, un pobre demente que necesitaba un loquero. Si se fumaba ese cigarrillo sería el comienzo de una larga espiral de autodesprecio y futilidad. Y aun así quería fumarlo y quitárselo de encima. ¿Por qué los cigarrillos eran tan horribles? Porque cuando veías a alguien fumando, lo veías muriendo frente a ti.

Pero, ¿qué más había? Ahora podía verlo, lo habían engañado para que desperdiciara su vida. Un chico conoce a una chica, el chico se casa con la chica, el chico y la chica producen más chicos y chicas, compran una casa, compran dos autos, compran un cinema casero, pagan matrícula universitaria y seguro médico. La vida del chico se acaba, el chico ya

no es más un chico, el chico ya no pertenece a sí mismo sino a todas estas otras personas. Todo había sido una farsa, un truco, él había caído, y era demasiado tarde para volver. Con una desgarradora claridad recordaba aquel viaje a Canadá, un momento en que estuvo sentado con sus amigos al lado de un lago transparente y sorprendentemente azul en las montañas, y la conversación y las bromas habían dado paso a un breve silencio, y solo quedaba el sol sobre el agua y la brisa bajando en remolino desde los picos de las montañas y el agua goteando del azulado fondo de un glaciar que había justo detrás de ellos.

Respiraba muy fuerte y se dio cuenta de que estaba a punto de llorar. Nada era justo. Él había asumido todas estas cargas, había trabajado como una bestia bajo el sol inclemente, quemándose y sediento, y ellos seguían poniéndole más pesos, ¿o no? Un peso tras otro hasta que terminaba aplastado por la carga. ¿Y cuál había sido su recompensa? Tres personas que amaba, tres personas que caminarían sobre el fuego por él, April con todos sus logros, Austin a pesar de sus profundos problemas, y Maggie... él no sabía quién era ella o qué quería, nunca la había conocido, no de verdad. Ella había salido adelante a pesar de sus propias cargas y ahora estaba liberándose. Y ahora ella lo había destrozado, y ahora que él había sido destrozado, ninguna de las cosas por las que él se había destrozado estarían ahí para sostenerlo, y la persona que había sido antes de que lo destrozaran había desaparecido, se había desvanecido hasta convertirse en un punto de luz que él solo podía encontrar en sus recuerdos.

Clifton Moody tenía razón. ¿Qué sentido tenía todo, una vez que te dabas cuenta? ¿Qué podía hacer un ser humano, un ser humano solo? ¿Cambiar el mundo con arte hecho con motosierras? ¿Una novela? ¿Qué podías esperar

razonablemente, trabajar duro en tu parcela de tierra reseca? ¿Y si eras el presidente? Comenzar una guerra, negociar la paz: nada salvo un segundo en el reloj de la historia de la humanidad. Enterrar los dedos en la acequia solo para descubrir que ya no hay más agua. El calentamiento global, la reducción de los casquetes polares, la expansión de los océanos, las crecientes inundaciones, la sequía generalizada, la hambruna masiva, una especie completa camino a volverse fertilizante o comida para peces. Todo estaba ahí frente a él. Podías ver las señales en el periódico.

Solo, en la mesa de la cocina, se encontraba sentado llorando bajito cuando el auto de Maggie giró en la entrada del garaje. Qué bonita se veía allá fuera a la luz del sol, la resplandeciente camioneta Volvo negra que él acababa de lavar ayer. Maggie salió del auto, cargando un nuevo bolso de abalorios. Estaba usando sus gafas hoy. Ahora él lo recordaba, podía verlos en el momento en que ella salió por la puerta hacía una hora. Ella se acercaba a la casa. Él no quiso que ella lo viera llorando. Se secó los ojos con la mano y el dobladillo de su camiseta. Tomó el cigarrillo de la mesa y se retiró a la habitación, donde lo escondió en su cajón de medias para futura referencia, en caso que lo necesitara o decidiera mencionarlo algún día.